

Promotor de la publicación por la editorial Siruela (Madrid, 2015) del libro “Modernismo y satanismo en la política actual” escrito por José Enrique Miguens y coautor con Enrique Mussel de uno de los prólogos.

JOSÉ ENRIQUE MIGUENS, UN PENSADOR ARGENTINO

José Enrique Miguens ha sido un hombre de su tiempo, un clásico y un demócrata. Lo fue desde su juventud hasta su madura adultez, confrontando siempre su pensamiento acerca del hombre y la sociedad con el devenir de los acontecimientos de su país y el mundo. Estudió y reflexionó con profundidad, del modo en que es necesario hacerlo para relacionar con adecuada perspectiva lo que es esencial, y lo hizo apasionada y visceralmente, con el entusiasmo de quien en todo momento se siente joven. No era un ideólogo, sino un pensador. Hombre de fe inculcable, su compromiso cristiano no sólo no le impedía, sino que lo alentaba a estudiar los problemas y los hechos con una franca libertad de espíritu.

Nacido en Buenos Aires en 1918, se recibió de abogado con Medalla de Oro en la universidad de su ciudad natal, donde también obtuvo el doctorado. En 1944 y 1945 realizó estudios de posgrado en sociología, su verdadera pasión, en la Universidad de Harvard, con Pitirim Sorokin y Talcott Parsons. Con éste último colaboró en la traducción al inglés de la obra cumbre de Max Weber “Economía y sociedad”.

A su regreso al país asumió las cátedras de sociología en la Universidad de Buenos Aires por más de quince años. También fue profesor de las Universidades de La Plata, Rosario, Luján y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

En 1959 fue fundador y Director de la carrera de sociología en la Universidad Católica Argentina, de la que se apartó en 1973 por mantener su independencia de criterio frente a las restricciones impuestas por las autoridades de esa casa de altos estudios.

Fue también fundador y Director técnico del Instituto de Investigaciones Motivacionales y Sociales, donde realizó durante un largo período muchas encuestas y estudios de opinión pública, tarea pionera por ese entonces en el país.

Con posterioridad volvió a los Estados Unidos, donde fue profesor visitante durante dos años en la Universidad de Notre Dame y luego en las Universidades de Connecticut, North Carolina y Harvard.

Concernido desde muy joven con las venturas y desventuras de la vida pública argentina, acompañó su labor docente con la publicación de múltiples artículos y libros para intentar esclarecer los dilemas y fenómenos políticos de su país. Merecen destacarse, en ese sentido la publicación, primero en inglés, de “Militaryism in developing countries” y “Juan Perón and the reshaping of Argentina” escrito en colaboración con Frederick Turner y que fuera traducido al español bajo el título “La racionalidad del peronismo”.

Su pensamiento, se diría hoy, fue integral e interdisciplinario. Interrogó a la realidad, una y otra vez, desde la filosofía, el derecho, la política y la sociología.

Miguens fue un estudioso y un pensador, primero a través de la lectura sistemática de los grandes textos de la ciencia política y luego de los sociólogos norteamericanos con los que tuvo intenso y crítico diálogo. Miguens aceptó la democracia de Pericles, definida en su discurso fúnebre de 431 a.C. para recibir a los primeros muertos de la Guerra del Peloponeso. Allí el orador no elogió a esos

ciudadanos que entregaron su vida por Atenas sino que exaltó a ésta: *“Disfrutamos de un régimen político que no imita las leyes de los vecinos... En cuanto al nombre, puesto que la administración se ejerce a favor de la mayoría y no de unos pocos, a este régimen se lo ha llamado **democracia**; respecto a las leyes todos gozan de iguales derechos en la defensa de sus intereses particulares; en lo relativo a los honores, cualquiera que se distinga en algún aspecto puede acceder a los cargos públicos, pues se lo elige más por sus méritos que por su categoría social; ni aún al que es pobre, su oscura posición no le impide servir al Estado, si es capaz de hacerlo”*.

Una simple pincelada no podría definir a José Enrique Miguens, pero sí bien vale identificarlo con lo que él mismo atribuyó a Giambattista Vico en un párrafo de su libro *“Democracia práctica, para una ciudadanía con sentido común”*. Allí escribió Miguens: *“En su libro clásico, La Ciencia Nueva, Vico proféticamente anuncia que vamos a dejar atrás la que denomina Edad de los Héroes, de aquellos que quieren dominar a los demás creyéndose superiores, para pasar a la Edad de los Hombres, con gobiernos igualitarios y lenguajes epistolares de hablars concertados, o sea de orientaciones y sentidos establecidos de común acuerdo entre todos. En esta edad, nos dice, los pueblos gobiernan con sentido común. Que esta edad se realice, que nuestros pueblos lleguen a gobernarse concertados y con sentido común es mi confiada esperanza”*.

Su prédica por la democracia la ejerció durante más de seis décadas en cursos y conferencias, en ensayos y libros, en Sudamérica y en los Estados Unidos. En *“Democracia práctica...”*, describe una democracia posible con respeto por la persona humana, su libertad y el derecho de participar en la cosa pública. Promovió, así, lo que llamó *comunitarismo democrático*. Es la política aristotélica, fundada en el respeto y la confianza en la persona y su sentido común.

A esa política democrática, Miguens contrapuso la política “mágica”, que prescinde de la opinión de la gente común y del sentido común de las personas. Es la política de los que se consideran superiores, la que llevan adelante los “genios”, los “héroes”, los “salvadores de la patria”, el “Duce”, el “Führer”, el “Secretario del partido único”, el “Comandante de los ejércitos revolucionarios”. Por lo mismo también denuncia a los hombres del Renacimiento, como Marsilio Ficino, Giordano Bruno, Pico della Mirándola y otros, que ven a la sociedad como un campo de poderosas fuerzas ocultas que el mago o el súper hombre podía despertar con el objetivo de su dominación política. Aquí también entra Maquiavelo con su *ferocidad*. Son los ideólogos del poder y los que manipulan a la gente desde posiciones de poder, creyéndose superiores a los demás y con derecho a mandarlos.

En *“Democracia Práctica...”* Miguens afirma también que el manejo político *“en la versión mágica... se lleva a cabo manteniendo a los pueblos en permanente exaltación, excitando y desatando sus pasiones, mediante la exacerbación del entusiasmo por la construcción de una nueva sociedad... mediante la excitación y canalización de la furia, el miedo, el odio, la revancha o la venganza”*. Esa manipulación es la que lleva a los pueblos a objetivos que no han elegido.

Para Miguens, el antídoto es la educación y el sentido común. En la obra citada expresa: *“Detectar la actitud mágica en las personas que hacen política es fácil, porque es la contraria a la de las personas con sentido común... Esas personas han sustituido esas fallas en el conocimiento y en la acción societaria por declamaciones ideológicas, delirios y fabulaciones sociales y tomas emotivas de posición que sólo consiguen enemistar a unos grupos con otros e impiden concretar objetivos y tareas comunes”*.

Las terribles experiencias del siglo XX dan paso a los pueblos a una nueva oportunidad. Afirma Miguens: *“El derrumbe del prestigio del liberalismo político y económico en la cultura actual y el paralelo fracaso de su oponente —el socialismo político y económico— abrió el camino a una nueva corriente de pensamiento político superadora de ambas: El comunitarismo político”*.

Su pensamiento y sus reflexiones estuvieron casi siempre orientados, hecho poco habitual en los intelectuales latinoamericanos, por las singularidades e intereses diferenciados de su país respecto a las perspectivas de otras latitudes y cosmovisiones. Un caso paradigmático de esa actitud se hizo patente con motivo de la investigación interdisciplinaria llevada a cabo por el Instituto Tecnológico de Massachusetts durante tres años bajo la dirección de Dennis Meadows, con la participación de destacados estudiosos norteamericanos y europeos, a los que se sumaron algunos asiáticos, africanos y latinoamericanos, para analizar los incrementos notables en la demografía mundial, frente a recursos materiales cada vez más escasos, y plantear la necesidad de poner un límite al crecimiento planetario. Se trataba, en suma, de revitalizar las visiones de Thomas Malthus, aunque coincidiendo en este caso con la constatación, sobre todo tras la crisis del petróleo de 1973, de que los recursos naturales disponibles en el mundo se localizaban en los países llamados en desarrollo. Su trabajo, el “Modelo Mundo III”, entregado en 1971 al Club de Roma, integrado por importantes empresarios y académicos, en su mayoría occidentales, fue publicado al año siguiente bajo el ilustrativo título de “Limits of Growth”. En dicho estudio se pronosticaba matemáticamente, usando los métodos proyectivos, la catástrofe final para principios del siguiente siglo si no se decidían urgentes medidas para impedir el crecimiento demográfico mundial. Dentro de su concepción mecanicista, por “rápidas medidas” se entendió: esterilización masiva más o menos voluntaria, condicionar los créditos mundiales a la imposición de medios anticonceptivos por parte de los gobiernos recipientes y facilitar los abortos. Para responder seriamente a estos estudios proyectivos y mecanicistas, la Fundación Bariloche, establecida en el sur argentino, y de la cual José E. Miguens fue cofundador y directivo durante un largo período, congregó en 1971 a un selecto grupo de especialistas argentinos y latinoamericanos que, tras cinco años de intenso trabajo, llegó a construir un modelo matemático de simulación a escala mundial llamado Modelo Mundial Latinoamericano, que tuvo amplia difusión internacional. Este modelo computadorizado permitió demostrar que las relaciones entre el crecimiento de la población y el agotamiento de los recursos naturales era más un problema de distribución y de consumo entre los países que demográfico. Estas conclusiones cambiaron las perspectivas dominantes y, desde entonces, fueron desvaneciéndose las alarmas demográficas y sus consecuencias como contrarias al desarrollo económico y al mejoramiento de los niveles de vida. De modo paradójico, por otra parte, la idea de los pensadores del Club de Roma de alentar al “crecimiento cero de la población”, hizo también que los economistas y políticos se preocuparan más por los aspectos no económicos de la vida.

Los análisis de Miguens sobre el peronismo, asimismo, tratando de entenderlo desde nuestro particular contexto histórico y social y dentro de la convulsionada realidad argentina, a su vez, le permitieron despojarle la atribución de fascismo, como lo hacían tantos politicólogos extranjeros y nativos, por falta de alguna de sus características esenciales. Sus libros sobre el militarismo y sobre el peronismo, ya mencionados, han sido pioneros en tal sentido. Miguens atribuye al peronismo el acierto de reivindicar la dignificación de los ciudadanos marginados del mundo liberal burgués, pero no lo absuelve de sus errores políticos y económicos, ni del desconcierto social y moral en que dejó sumida a la nación. Miguens acepta con beneficio de inventario el populismo

peronista, no así el racionalismo progresista y mágico en que terminó y que ha precipitado al país en una progresiva y aguda anomia, la ausencia de normas sociales de comportamiento, de convivencia y de solidaridad, que, según Miguens, son las que permiten que funcione una sociedad. En uno de sus agónicos artículos nos decía que una sociedad anómica es una sociedad desintegrada y en descomposición, en la cual las instituciones y las leyes pierden prestigio y vigencia.

Si bien no dejó nunca de ocuparse de los dilemas argentinos y latinoamericanos, en el último tercio de su vida y hasta su muerte, sus mayores preocupaciones intelectuales lo llevaron al estudio de las causas profundas de los problemas políticos y económicos contemporáneos y a cómo apuntalar los cimientos de una verdadera sociedad democrática al servicio del hombre, desvirtuada en nuestro tiempo por concepciones mecanicistas, cosificantes y mágicas de la realidad social. En 1994, después de una larga investigación sobre los textos de los grandes pensadores, publica el primero de sus postreros tres libros, íntimamente relacionados: “Política sin pueblo: Platón y la conspiración antidemocrática”, en el que ya anuncia la necesidad de bucear en los textos clásicos para sortear los extravíos conceptuales de nuestro tiempo.

En el 2001, luego de varios e intensos años de investigación, da a luz su tal vez más enjundioso libro “Desafío a la política neoliberal: Comunitarismo y democracia en Aristóteles”. Allí cuestiona la tradición mecanicista de Hobbes, de Adam Smith y del modernismo que se proyecta en toda la política liberal y hasta en Madison, a quién le interesa muy poco el desarrollo de la sociedad política y el de las personas (ciudadanos), “salvo en cuanto afecta al funcionamiento del mecanismo”. El fin de la sociedad política se reduce así a la unidimensional dimensión adquisitiva de los individuos que componen lo que los “liberales” llaman las sociedades políticas, que no son verdaderas comunidades políticas. En una sociedad donde priman las acciones de tipo instrumental “racionales de acuerdo a fines” es natural que se marginen las preocupaciones humanísticas y la búsqueda de la concordia, donde el acento es puesto en la reciprocidad, en la solidaridad y en el respeto mutuo. La *Philia*, nos dice Miguens siguiendo a Aristóteles, que es amistad o solidaridad, es la nota constitutiva de cualquier comunidad y la concordia es algo semejante a la amistad política.

En el 2011 y pocos meses antes de su muerte, ya con casi 93 años, concluye su última obra, “Modernismo y satanismo en la política actual”. En ella analiza en profundidad el sentido de los problemas políticos del siglo XX, el más sanguinario de la historia según Pitirim Sorokin, y la política del romanticismo modernista, protagonizado magistralmente por Hegel, según Miguens. Este filósofo, nos dice, dio lugar a lo que los principales sociólogos contemporáneos denominan “religiones seculares”, “religiones políticas” o “religiones sustitutivas”, “cuyos actores y protagonistas autocalifican como ‘revoluciones’: el nacional-socialismo, el fascismo, el comunismo, el progresismo y los neopopulismos. Aunque aparentemente opuestas éstas presentan características similares, tienen los mismos principios básicos y conducen al mismo horroroso tipo de sociedades”. Miguens esclarece estos fenómenos desde una cosmovisión cristiana y arremete con inteligencia y pasión contra esas “pretensiones de los que se consideran ‘iluminados’ para llevarnos a los demás por delante”, y que continúan vivos aún en ciertos países de América Latina.

Este último libro no alcanzó a revisarlo, tal era su premura en publicarlo aquejado ya por una enfermedad terminal, por lo que se le han incorporado algunas correcciones formales hechas por Ignacio Gómez de Liaño, a quién agradecemos el interés puesto en la reedición de esta obra en España, y, también, por los autores de esta presentación.

Enrique Mussel y Guillermo Jacovella